Esa vivaz psicología de chiquillo, normal en acciones y reacciones, constituirá el mayor atractivo de esta novela, escrita —más bien que para maestros, como algunas novelas didácticas— para padres y abuelos.

De diversos modos, sutiles, en ella se repite que la paternidad consciente, la que está hecha del cuidado de cada día, es superior a la semi-consciente de quien es sólo padre por razón de consanguinidad, sin amplitud ni trascendencia.

En varias páginas de soledad e introspección —afines, por ello, a otras de *El hermano asno*—, se percibe la maestría del escritor y el dominio que posee sobre el tema.

En *Los hombres del hombre*, Eduardo Barrios da cuerpo —y nombre— a los múltiples “hombres” que cada uno lleva en sí, dentro de su polidéfrica fisonomía espiritual. En el autor, confirma éste, la soledad y la meditación, multiplicaron esos entes: entre ellos distribuyó, según sus peculiaridades, los nombres de pila que recibió con el bautizo.

Por eso entablan entre ellos los diálogos mudos, que la incertidumbre del autor provoca, al tratar de resolver su propio conflicto.

Recuperado el equilibrio, suavemente, dentro del hogar; eliminadas, simultáneamente, la duda y la amiga nefasta, las voces de “los hombres del hombre” enmudecen, y habla sólo aquél que los encierra en sí, con la expresión de su ternura paterna.

Ornamentó la obra, con finos perfiles, la hija del autor: Gracia Barrios.

FRANCISCO MONTERDE

GREGORIO LÓPEZ Y FUENTES, *Milpa, potrero y monte*.—Ediciones Botas, México, 1951.

Después de una espera de tres años, he podido leer una nueva novela del gran escritor mexicano Gregorio López y Fuentes. En el verano de 1949, el Director de “El Universal” me dijo que estaba trabajando en un libro, el cual revelaría los abusos que sufren actualmente los campesinos. En *Milpa, potrero y monte* ve realizado su proyecto. Ya no se trata de una novela de la Revolución, en el sentido de relatar las causas y los acontecimientos del conflicto armado de 1910 a 1920; pero sí es una novela de la Revolución, si entendemos por Revolución mexi-

cana el empeño constante por realizar todos los ideales proclamados durante aquellos años épicos y sangrientos.

Siguiendo la costumbre de confirmar los títulos directos y expresivos a sus novelas, López y Fuentes presenta tres clases de gente del campo en "milpa" (el labrador de la tierra), "potrero" (el criador de ganado), y "monte" (el cazador de venados). *Milpa, potrero y monte* es la tragedia de tres hermanos que están obligados a dejar la tierra heredada de su padre. Este se llama don Homobono, traducción directa del nombre simbólico dado al campesino francés: Jacques Bonhomme. Don Homobono es la encarnación del ideal zapatista: el labrador libre, respetado y trabajador. Cuando la muerte lo arrebató a sus tres hijos, éstos comienzan a sentir las responsabilidades y las dificultades de la vida campesina. Por todo el libro sigue el ritmo trimembre, basado en los tres hijos de don Homobono.

Odilón, el hijo mayor, labra con sus peones un pedazo de tierra bastante rica. Cultiva maíz, frijoles, tabaco y ajo. La tierra se encuentra probablemente en una región semitropical del Estado de Veracruz, donde nació y se crió el autor. En efecto, según su costumbre, López y Fuentes nos dió una insinuación de la trama de *Milpa, potrero y monte*, en dos novelas anteriores, *Arrieros* y *Huasteca*, en las cuales alude a su propia experiencia, al tener que huir de su tierra con el padre, a causa de la injusticia de los gobernantes. Al comenzar la novela, Odilón no tiene más que una preocupación. Su hija mayor, Azucena, es una moza muy guapa de quince años que se siente inclinada a hacer caso de las atenciones del bandido y asesino Febronio Silva. Una noche, éste se la lleva con su partida de malhechores a su "guarida", la Gruta Encantada. Odilón y su familia no pueden hacer más que lamentar su ausencia porque los bandidos tienen el apoyo del presidente municipal del pueblo.

Oliverio, el segundo hijo de don Homobono, sería completamente feliz si no le hubieran robado sus novillos. Nadie duda que el culpable es Febronio Silva; pero otra vez quedan impunes sus crímenes, gracias a sus relaciones con el gobierno local. El autor insinúa que Donato, hijo de Oliverio, mata al bandido en una emboscada. Desde entonces las dificultades de los hermanos van aumentando. Los amigos de Febronio Silva ponen fuego a la hierba y estalla un gran incendio que amenaza los terrenos de Oliverio. Cuando Donato sale a arrear las vacas para guiarlas a lugares más seguras, se oyen disparos, y Donato y su caballo, muertos, ruedan por tierra.

Honorato es el menor de los tres hijos de don Homobono y el más parecido a su padre, hasta en su nombre. Honorato se asemeja a don Homobono en que se burla de la afición del anciano por los nombres que empiezan con O. Según él, es un indicio de masculinidad. De la misma manera, cree que los nombres femeninos deben comenzar con A; por eso es Azucena su primera nieta. Después del asesinato del bandido, es natural que sospechen de Honorato, por ser éste un cazador muy bueno. Para él también comienzan las molestias. Una vez le disparan, y se salva sólo por su gran instinto de hombre de monte. Sin embargo, él tampoco tarda en sufrir la pérdida de un ser querido. Los vengadores de la muerte de Febronio matan a Sargento, el perro del cazador. De este modo, López y Fuentes coloca al perro en el mismo nivel que Azucena y Donato, y así completa el ritmo trimembre.

Según las propias palabras del autor, *Milpa, potrero y monte* es:

la novela de aquellas familias campesinas de México que, por la falta de garantías en algunas regiones, se refugian en las ciudades o van a desmexicanizarse en las caravanas de braceros.

Causas: el abigeato, el homicidio impune, los cacicazgos, la política enquistada en lo agrario.

López y Fuentes atenúa un poco su intención haciendo que la naturaleza contribuya al abandono de la tierra por los tres hermanos. Inesperadamente los hijos de don Homobono se ven víctimas de una gran helada. Honorato es quien sufre más por este desastre. A causa del frío, todos los animales huyen del monte, en busca de regiones más calurosas. Según el cazador, tardarán años en regresar. Después de ayudar a Oliverio en la arreada, Honorato y su familia se van camino adelante, sin saber adónde. Con una de sus frases pintorescas, típicas de fin de capítulo, López y Fuentes nos dice que Odilón y Oliverio "así los vieron perderse por uno de los caminos que conducen del valle a la ausencia." (p. 177).

El ganado de Oliverio se pone muy flaco cuando el pasto muere por la helada. Cuando el incendio lo destruye por completo, Oliverio también abandona la tierra heredada de su padre. En vez de huir como Honorato, Oliverio se dirige al rumbo de sus enemigos, para vengar la muerte de su hijo. Me permito citar una frase de otro final de capítulo, por ser ésta característica del estilo de López y Fuentes:

Oliverio no cantaba como en pasadas ocasiones la canción del arreo, tal vez porque entonces no eran tan sólo las reses las que salían." (p. 188).

Odilón, desesperado por la desaparición de su hija Azucena y el abandono de sus dos hermanos, se queda para tener que sufrir después una de las burlas de la naturaleza. A causa de la gran helada y la sequía que la sigue, se echa a perder la tierra arable. La familia de Odilón y todos los peones leales rezan pidiendo una fuerte lluvia. Ocurre una repetición de la tragedia relatada en *Campamento*. Llueve tanto, que el río se desborda e inunda todos los terrenos de Odilón, arruinándolo. Claro está que si el presidente municipal hubiera escuchado los ruegos de Odilón, habría mandado construir una presa que hubiera evitado las sequías y las inundaciones.

Completando el ritmo trimembre, Odilón también abandona su "coscomate". Al partir la caravana, Azucena, a la que no se había visto por mucho tiempo, sale al encuentro de su familia, en el camino. Con el mismo tono bíblico con que López y Fuentes pinta todas las peregrinaciones en sus novelas, Odilón deja a su hija libertad de elección entre seguirlos o quedarse:

Y echó a caminar, azuzando con una vara a la yegua mora engreída con unos zopomites. Azucena no se movió de su sitio hasta que, al ver que pasaba su madre, quien ni siquiera se detuvo a verla, se puso detrás de ella y echó a caminar también . . . (p. 224).

Igual que *Entresuelo*, la novela anterior de López y Fuentes, *Milpa, potrero y monte* está encuadrada con un prólogo y un epílogo, en los cuales uno de los tres hermanos, quien queda incógnito, relata la historia al autor.

Es interesante comparar los abusos que contribuyeron a la Revolución tal como están pintados en *Tierra*, con los abusos actuales que acabamos de ver representados en *Milpa, potrero y monte*. En la hacienda de don Bernardo González (*Tierra*), el sistema semifeudal que esclaviza a los peones encuentra su apoyo en la tienda de raya, el reclutamiento de peones desobedientes, el cura, la falta de educación y la complicidad del gobierno. En *Milpa, potrero y monte* ya no encontramos el sistema de reclutamiento forzado ni la tienda de raya; pero sí encontramos los otros apoyos del sistema porfirista, los cuales subsisten treinta y un años des-

pués del fin de la Revolución armada. Odilón resume lo que padecen los campesinos, en el párrafo siguiente:

hay mucho ladrón de ganado, abundan las alcabalas locales, los políticos metidos a líderes de campesinos, como los tordos, sólo andan viendo sobre qué sembrado caer, y en cualquier arroyo o junto a las puertas de golpe lo 'venadean' a uno con la mayor tranquilidad. (p. 28).

Los principales culpables de estas condiciones son el presidente municipal y el juez. En el pueblo, "don Juan, el de la tienda grande", sigue engañando a la gente. "La mayor parte de las gentes" dicen "que el cura es un santo aunque gordo." Es la única mención del cura, en todo el libro. Me pregunto si el cura ha perdido un poco de su influencia en el campo mexicano, o si es que el autor cree que con lo que queda dicho en sus otras novelas, ha atacado bastante el predominio exagerado de la Iglesia en la vida política, económica y social de México. En cuanto a la educación de la gente campesina, López y Fuentes nos dice que en los preparativos para la fiesta de Azucena, "la escuela abandonada por falta de maestro quedó convertida en dormitorio" (p. 53). En muchas novelas de este destacado escritor, se menciona al maestro rural, pero casi siempre de un modo poco favorable. ¡Ojalá que su próxima novela esté dedicada a una estimación del gran trabajo que los maestros rurales están realizando en lucha contra dificultades enormes!

Al ponderar el mérito de esta novela, en comparación con las demás obras de López y Fuentes, no podemos dejar de advertir algunos puntos de contacto. Todas sus obras novelescas pueden clasificarse en dos grupos: personales e impersonales. En las obras personales: *¡Mi General!*, *Huasteca*, *Acomodaticio* y *Entresuelo*, se desarrolla la psicología de las personalidades individuales. En las obras impersonales: *Campamento*, *Tierra*, *El indio*, *Arrieros*, *Los peregrinos inmóviles*, y ahora *Milpa, potrero y monte*, se presentan distintos panoramas de la sociedad rural, en que los personajes, tengan nombre o no, quedan anónimos. Pierden toda su individualidad, mientras que el autor se empeña en hacer resaltar las condiciones de la sociedad. Pintando los campos mexicanos de una manera realista, López y Fuentes, tanto en *Milpa, potrero y monte* como en sus otras novelas, introduce un gran número de dichos, refranes y leyendas regionales. Al final de su novela más reciente se encuentra, igual que en *El indio*, un vocabulario de regionalismos, la mayor parte de los cuales son nahuatlismos.

En mi humilde opinión, López y Fuentes habría logrado mejor su propósito, si hubiera hecho una novela *personal* de *Milpa, potrero y monte*. La novela impersonal resulta más apropiada en *Campamento, Tierra, El indio* y *Los peregrinos inmóviles*, donde el autor maneja masas de gente. En esta última novela, no conocemos individualmente a los hermanos ni a sus familias. Nos damos cuenta de los abusos que sufren; pero el autor los ha forjado como puros símbolos, según su propio propósito. Me parece que ha dejado de reconocer que un individuo campesino con un fondo psicológico tendría mucha más realidad que una creación simbólica, y por consiguiente, los lectores podrían ligarse a él más fácilmente, y ellos mismos podrían convertirlo en un símbolo de todos los demás campesinos. Aunque el autor nos habla de los abusos perpetrados por el presidente municipal, el juez y el bandido Febronio Silva, no nos presenta nunca una visión íntima de sus personalidades. En este punto, la novela pierde un poco de su fuerza.

En fin, *Milpa, potrero y monte* no deja de tener gran interés para el lector. Reúne, aunque no de la manera más feliz, muchas características de estilo que han hecho de López y Fuentes el primer novelista contemporáneo de México. Pero su gran valor consiste en dirigir la atención del público hacia los abusos postrevolucionarios que todavía están minando la producción agrícola de México, la cual tiene que ser la base firme para toda esperanza en un México próspero y grande. Terminemos este artículo con las palabras de Odilón, respecto a las condiciones actuales:

"No es eso lo que quiso la Revolución." (p. 29).

SEYMOUR MENTON

JUAN PABLO GUZMÁN ALEMÁN, *El gran Chapa*.—Guadalajara. Ediciones del Gobierno del Estado de Jalisco, 1951. 290 pp.

Es una tendencia quizás universal, si no una costumbre bien humana, acoger con entusiasmo relativo los productos literarios que nos llegan de las provincias. Ciertamente es que la experiencia nos ha demostrado que las capitales (con la significativa excepción de la de algunos países, como E. U. A.) ofrecen un ambiente mucho más propicio y estimulador para la creación artística, brindando oportunidades pecuniarias y profe-